

TAPIA Y RIVERA, ALEJANDRO DE (1827-1881)

*ROBERTO D'EVREUX*

Drama histórico en cuatro actos

Representado por primera vez en el teatro de Puerto-Rico, por varios Sres. aficionados, en la noche del 19 de Setiembre de 1856

FIGURAS DEL DRAMA

ISABEL, *Reina de Inglaterra.*  
MARGARITA DUDLEY.  
LA CONDESA DE NOTTINGHAM.  
ROBERTO D'EVREUX, *Conde de Essex.*  
SIR ROBERTO CÉCIL, *Secretario de Estado.*  
EL BARÓN DE BRISTOL.  
SIR ENRIQUE.  
UN GENTIL HOMBRE.  
UN CAPITÁN.  
UN UJIER.  
*Damas.*  
*Caballeros.*  
*Pajes.*  
*Guardias.*

La escena pasa en la Torre de Londres. 1602.

ACTO I

Sala de paso a las Cámaras reales que se suponen a la izquierda del actor.

Se oye el himno de «Dios salve al Rey».

*Escena I*

BRISTOL y varios caballeros conversando, luego LA REINA, MARGARITA, LA DE NOTTINGHAM, CÉCIL, damas, señores, pajes y demás individuos de la corte. La

comitiva regia irá precedida de heraldos y maceros debiendo salir por la derecha del actor.

BRISTOL.- (A los caballeros.) Ya vuelve Su Gracia del parlamento.

VARIOS.- (Descubriéndose.) ¡La Reina!

UN UJIER.- (Anunciando.) ¡Su Gracia, la Reina!

LA REINA.- Milores y señores. Imposible es a mis labios expresar la satisfacción que experimento al ver junto a mí lo que Inglaterra cuenta de más noble y poderoso. (Todos se inclinan.)

BRISTOL.- Señora pronto estamos todos a besar la mano de la grande Isabel, la mano que guía con gloria la nave de Inglaterra.

LA REINA.- Estoy completamente satisfecha de los sentimientos que tanto vos, noble barón de Bristol como vuestros ilustres colegas profesáis a mi persona. Os estoy agradecida, milores, y soy feliz al pensar que con tan digno y generoso apoyo mi diadema no vacilará jamás.

BRISTOL.- Vivid, gran Reina, firmemente persuadida de ello y de que Dios que vela por la suerte de vuestro -- reino, conservará la vida de Vuestra Gracia tan gloriosa para el país y tan cara a los ingleses.

LA REINA.- Bien, milores (A un ademán de Su Gracia saludan todos y se retiran.) Vosotras (A las damas.) aguardadme en mi cámara. (A CÉCIL.) Quedaos.

BRISTOL.- (A MARGARITA.) El conde de Essex está para llegar a Londres.

MARGARITA.- ¡Qué decís!

CONDESA.- (Aparte.) ¡El Conde ya de vuelta! (Con siniestra alegría.) ¡Ah!

## *Escena II*

LA REINA, CÉCIL, BRISTOL.

LA REINA.- ¡Barón de Bristol!

BRISTOL.- Demando a V. G. una merced: una audiencia.

LA REINA.- ¡Una audiencia!

BRISTOL.- Es un asunto, cuyo interés extremado me obliga a importunar a V. G.

LA REINA.- Os la concedo, Milord. Creo que no habéis asistido a la sesión de hoy, y sin embargo, vuestra persona y lo recto de vuestros juicios pudieron hacer sobrado sensible vuestra ausencia.

BRISTOL.- Si mi persona, si mi voz han podido ser de alguna importancia en el parlamento, reclamo, señora, vuestra merced; pero la idea de que súbditos valiosos sostendrían los intereses de la corona, y por otra parte el asunto que me obliga a distraer la atención real; han sido causas de una ausencia que V. G. se ha dignado advertir.

LA REINA.- Bien, Milord. Guardad un instante. (Vase BRISTOL por la derecha.)

### *Escena III*

LA REINA, CÉCIL.

LA REINA.- Sir Roberto Cécil, (Se sienta.) acercaos. Habréis sin duda extrañado mi lenguaje en el parlamento.

--

CÉCIL.- Lo encuentro muy ajustado a las circunstancias y muy propio en la grande Isabel. Abunda, señora, en razones graves y creo que la sensación que ha producido será favorable al trono.

LA REINA.- Más que al trono, a la religión del país, que, como sabéis, es y ha sido siempre el objeto de mis cuidados.

CÉCIL.- El cielo, señora, ha prestado su ayuda a vuestras intenciones, y si el catolicismo cuenta con el formidable apoyo de España, la causa de la reforma puede hacerle frente bajo el estandarte de Inglaterra. Gracias a aquella política firme y denodada a veces, otras flexible y conciliadora, pero siempre hábil, los enemigos de la iglesia de Roma se esparcen por el continente, y bien pronto vuestra supremacía espiritual reconocida y acatada, traerá en pos de sí la paz de las conciencias y la exaltación de vuestro imperio. Las armas son ya iguales.

LA REINA.- ¿Juzgáis pues que hice lo bastante para disipar la tibieza de los barones? ¿Creéis que llegó la hora del descanso y que el viandante puede ya dormir sereno bajo el árbol que encuentra en su camino?

CÉCIL.- ¿Olvida V. G. que hay árboles cuya sombra mata? La actividad es la vida de los pueblos, y los reyes tienen una tarea que no termina jamás.

LA REINA.- ¡Ah!, pero el continuar en esa vía cuántos sacrificios no habrá de costarnos! Ya veis que he mirado la hacienda de mis vasallos como la mía propia, y que solo la necesidad me obliga a reclamar sus servicios, pues bien ¡cuántas concesiones no son menester para alcanzar de esos mezquinos plebeyos el menor subsidio, cuántos afanes para recabar de los engreídos y ambiciosos barones el menor apoyo! Ya no se pretexto mi matrimonio, ya no es la sucesión protestante que quiere garantizarse, hoy son exigencias a que el monarca no puede acceder sin menoscabar en gran parte sus prerrogativas.

CÉCIL.- Desde que Monfort para hacer frente a la liga de los señores, dio participación en el parlamento a los -- plebeyos, se han hecho más convenientes la prudencia y la energía del monarca, a fin de conservar como un tesoro la herencia de regios antepasados. Hoy que la Europa dividida en dos campos, requiere en Inglaterra la consolidación de un poder supremo; hoy que la religión es la política, que la fusión de las sectas es un imposible y su armonía un sueño; forzosa es la preponderancia de una sola: enarbole la nuestra su estandarte y brillen por mote en sus colores la prosperidad y el bien de la Inglaterra.

LA REINA.- Tenéis razón, Sir Roberto; España no duerme, y ya que no prepare contra nosotros otra armada invencible, nos altera a Irlanda y pugna por arrebatarnos nuestro influjo en el continente.

CÉCIL.- Pero sus planos no son ya desconocidos: Antonio Pérez guió nuestra vista a través de los muros del Escorial, y en su tenebroso recinto presenciamos las tramas misteriosas, escuchamos la voz fanática de su irritado amo condenar a la hoguera la presunta herejía; más aún: vimos cómo un pensamiento sombrío y terrible, alzaba su vuelo de águila sobre Europa, y cómo sonreía al contemplarla convertida en un solo reino, y postrada a los pies de un solo rey. ¡Oh!, tales revelaciones a la faz del mundo dan favor a nuestra causa: evitemos pues que el letargo se apodere de nuestros miembros, y que la inacción peligrosa debilite nuestras fuerzas.

LA REINA.- ¿Luego vos juzgáis que debe lidiarse con más vigor que nunca? La insurrección sostenida en los Países Bajos, la reforma en Francia, el libre examen en Alemania, tales son y deben ser nuestros fines; pero la rebelión, la controversia que nos salvan en el exterior habrán de sucumbir en casa por la suprema razón de nuestra vida. Tal es mi deseo, mas los medios...

CÉCIL.- Existe una conciencia libre; sea el monarca la guía de los espíritus. Existe un parlamento que puede abrigar la sedición; sea condenado a la nulidad.

LA REINA.- (Disimulando su alegría.) Pero tan severa intolerancia... (Con intención.) vos me dais un consejo que requiere tal audacia, tal energía... El error pudiera crearos una responsabilidad funesta...

CÉCIL.- No temo señora la gravedad de los medios, la fe en la idea es la religión del pensamiento, y la energía que la sustenta es la vida del corazón.

LA REINA.- (Con entusiasmo.) Comprendo que es lícito, que es deber de un rey la salvación de su reino; que la época apacible de las naciones no ha llegado aún, y que lo que hoy se apellida intolerancia es solo la fuerza contra los planes de Felipe o la existencia, el porvenir de la Inglaterra.

CÉCIL.- ¡Ah!, señora, en vuestra mirada, en vuestros acentos, en la ardiente expresión que los anima reconozco como en todas vuestras acciones, a la gran señora que, desdeñando los triunfos de su sexo, admiró como reina al mundo. La historia que no hace justicia a las épocas no es digna de su nombre. Creedme, señora, la historia aplaudirá vuestra prudencia. Vuestro reinado ha elevado las letras y las artes, que sea grande también por la política.

LA REINA.- Séalo enhorabuena (CÉCIL presenta a LA REINA unos papeles.) ¿La renovación del parlamento?

CÉCIL.- Y la formación de un nuevo ejército para Irlanda.

LA REINA.- ¡Un ejército!

CÉCIL.- Llegó la oportunidad de comunicar a V. G. las últimas noticias. El conde de Essex acaba de firmar con el rebelde Tyron un armisticio que perjudica al buen éxito de la pacificación, y aun se sospecha que ha comenzado con su enemigo una correspondencia poco leal. Propongo a V. G. su deposición.

LA REINA.- (Firmando.) ¡Su deposición...!, ¡y su juicio...!

CÉCIL.- El más humilde de vuestros súbditos os felicita.

LA REINA.- Bien está, Sir Roberto; id con Dios, y él acoja vuestros votos.

#### *Escena IV*

LA REINA.

LA REINA.- (Después de llamar.) A Lord Bristol. (Vase el UJIER.) El Conde de Essex en conferencias con Tyron... No me sorprende esta noticia ¡Ay, yo segaré en flor sus pensamientos!

#### *Escena V*

LA REINA, BRISTOL.

LA REINA.- Milord, os escucho.

BRISTOL.- Señora, quiera el cielo que mis palabras no sean de vuestro real desagrado. El Conde de Essex...

LA REINA.- Acaba de violar mis mandatos... ¿Era eso lo que ibais a decirme?

BRISTOL.- ¡Cómo! V. G. sabe ya...

LA REINA.- Que está en correspondencia con Tyron, con España, ¿lo oís?, ¡con España!

BRISTOL.- Roberto D'Evreux es un buen servidor y vuestros enemigos fueron siempre los suyos. Su nacimiento, sus honores serían gran parte a despertar la envidia, si no fuese ya bastante la predilección que, a ley de buen vasallo, ha merecido a V. G. ¡Ah! Señora, la sonrisa benévola de un Rey es un bien peligroso al que la inspira y sugiere con frecuencia enemistades venenosas: tal vez a alguna de ellas debe Roberto D'Evreux la calumnia de que es víctima. Es verdad que su conducta en Irlanda pudiera interpretarse, mas ¿por qué no hacerlo en su pro? Quizá falto de auxilios para triunfar decididamente, quiso evitar su total derrota llamando a los rebeldes a medios pacíficos. Creedme, oh noble reina, escuchad la verdad de su propio labio. Roberto D'Evreux nunca insensible a vuestra honrosa estima, está pronto a manifestaros las razones que han mediado en su conducta.

LA REINA.- ¿Qué decís?

BRISTOL.- En breve llegará a la corte a justificarse ante la Reina.

LA REINA.- ¡Cómo! ¿Sin aguardar mi orden... abandonar a Irlanda?... ¡Milord!...

BRISTOL.- Vengo únicamente a anunciaros su llegada.

LA REINA.- Tal osadía.

UN UJIER.- (Anunciando.) Milord, Conde de Essex.

LA REINA.- ¡Qué oigo!

### *Escena VI*

Dichos, ESSEX.

ESSEX.- Señora, si el Conde de Essex llega hasta los pies de V. G., si osa llevar al labio la mano de su reina es porque puede levantar su frente altiva.

LA REINA.- (Con ironía.) Y tenéis derecho a levantarla, Milord, porque habéis llenado mis deseos. Mi corona os debe de hoy más un florón brillante, y la Inglaterra os da las gracias porque habéis exterminado a sus enemigos.

ESSEX.- Si la Inglaterra no hubiese negado a sus guerreros los auxilios que demandaban, si cual madre ingrata no hubiese abandonado a sus hijos en las garras enemigas, sería justa al pedir hoy a mi acero una nueva gloria; pero con un ejército cuyas filas diezaban la desertión y la epidemia, con un ejército sordo a la voz de su caudillo ¿qué hacer?

LA REINA.- Llevarlo a la muerte Milord... pero son preferibles los armisticios, las conferencias con el rebelde... Sí, Milord, habéis llenado mi confianza.

ESSEX.- Tan amarga ironía...

LA REINA.- ¿No os place?

ESSEX.- La desgracia no empaña el brillo de un hombre a que debe vuestro cetro más de una victoria y al que la fama hace justicia.

LA REINA.- ¿Recobráis vuestro altivo continente? Bien por Dios... Negociabais con los rebeldes... las -- armas os eran ya inútiles; dejasteis a Irlanda porque mi vista os seguía por todas partes... ¿Os admira que sepa leer con tal claridad en vuestra mente?

ESSEX.- (Con rabia concentrada.) ¡Oh!

LA REINA.- (Acercándose a él y a media voz.) Acaso levantasteis demasiado la intención, pero olvidasteis que la Reina tiene espadas tan valientes como la vuestra y más leales que la vuestra... ¡Ved mi corona y decid si no os deslumbra!... ¡ah!, ¡sois un traidor!

ESSEX.- (Además de soberbia.) ¡Señora!

BRISTOL.- (Aparte a ESSEX.) ¡Conde!

LA REINA.- ¡Caballero!

ESSEX.- (Aparte.) Es verdad...

LA REINA.- Tened cuidado, Milord, sed prudente. (Pausa.)

BRISTOL.- (Aparte a ESSEX.) Conjurad el peligro, amigo mío, ved que os perdéis (A LA REINA.) Señora con la venia de vuestra gracia...

(LA REINA le despide con un ademán.)

*Escena VII*

LA REINA, ESSEX.

LA REINA.- Salid de la corte y no volváis.

ESSEX.- Mis empleos, mis honores me llaman a ella.

LA REINA.- Ocupáis un asiento en la Cámara de los pares, sois lugar-teniente de Irlanda, general de la Artillería, os honráis con el gran cordón de la Jarretiera; borrad de vuestro nombre esos dictados y alejaos de mi presencia.

ESSEX.- Señora...

LA REINA.- Lo mando.

ESSEX.- Me arrancáis mis honores, me desterráis... pues bien, señora, voy a obedeceros; pero antes de deciros adiós para siempre, tened la bondad de escucharme. Mi palabra será breve como la última palabra del que se aleja... ¡ah!, os lo suplico... (Deteniéndola.) es la última merced.

LA REINA.- Hablad y sed lacónico.

ESSEX.- Es breve la historia que voy a contaros... Dulce memoria que evocada por la vez postrera va a perderse en los abismos del olvido: es un recuerdo que también nos dice adiós, grato, como la ilusión, tierno como el sentimiento, pero triste como... como un recuerdo. Una tarde, vos como hoy reinabais en Inglaterra y hermo seabais con vuestro encanto el trono de vuestros antepasados; una tarde, repito, en que Mayo cubría la tierra con su manto de flores, se paseaba la reina seguida de sus damas y algunos caballeros en los jardines de Westminster. Entre aquellos había uno, bastante joven, que había sido presentado a la reina pocos días antes. La comitiva caminaba a pie, cuando un pantano situado en mitad de la senda detuvo su marcha, al punto el joven de que os hablo se adelantó a la indecisa grey y alfombró con su capa el paso de la reina. Entonces la reina se dignó sonreír al caballero, y el caballero se juzgó pagado.

LA REINA.- La historia que referís no viene a cuento; es una historia, que si por algunos días alimentó mil comentarios, presto fue olvidada enteramente.

ESSEX.- Algún tiempo después, el joven abrigaba en su corazón un afecto más vehemente, más tierno que el de un vasallo. Inflamábale con sus fuegos el amor de la gloria, más de un campo era entonces testigo de su arrojo y más de una vez resonaba en sus labios al lanzarse en la pelea, el nombre de Dios unido al de su dama. La alta señora cuya admiración quería despertar el caballero, la mujer cuyo afecto quería alcanzar como premio debido a la ternura, al entusiasmo, era más que mujer, pues era Reina.

LA REINA.- (Acercándose.) Sí reina, es verdad, y su corazón altivo admiraba en el caballero la juventud, el ardimiento, la nobleza; pero la ilusión que había concebido al juzgarse móvil de acciones grandes, desapareció ante la realidad. Las edades no eran las mismas y los caracteres eran opuestos. A par que el joven hallaba en la reina sobrada altivez, ella percibía -- en él la ambición desmesurada; el monarca desconfiaba del súbdito, y la mujer ocultó su amor al hombre. Y sin embargo, aquella mujer fuerte, que reputaba el lazo conyugal como atentatorio a su independencia, soñó con que Inglaterra, gracias a los méritos del joven, lanzaría quizá gritos al aire aclamándole su rey.

ESSEX.- ¡Ah!

LA REINA.- ¡Pero quién pensara que la copa que brindaba con sus delicias, contenía tan solo amarga hiel!

ESSEX.- ¡Ah!, señora, dejadme concluir. El caballero no era ya el imprudente cuanto ligero joven que en el sitio de una plaza, arroja el guante a través de los muros y reta a su enemigo a combate singular proclamando la hermosura de su dama; era sí un soldado decidido que al vacilar un trono, lo salva en Cádiz, bajo el fuego de los enemigos de Inglaterra. Aquel galante doncel de los jardines de Westminster, el caballero que retaba a su contrario, el general que triunfaba en Cádiz, merecían otro premio que la deshonra y otro destino menos duro que el destierro. ¿No es verdad, señora, que la Reina de que os hablo fue asaz injusta?

LA REINA.- El caballero dejó de ser cumplido, el vasallo fue rebelde, el héroe eclipsó su gloria; pero la Reina, para merecer más aún el renombre de bondadosa, quiso olvidar lo pasado... lo pasado, ¿entendéis? Consintió en aguardar lo porvenir. Conservad vuestros honores, Milord; suspended vuestro destierro.

ESSEX.- (Se arroja a sus pies y le besa la mano.) ¡Ah! señora...

LA REINA.- ¡Ah! Roberto Conde de Essex, id con Dios.

ESSEX.- (Aparte.) Conde de Nottingham, por esta vez ¡el triunfo es mío! (Saluda y vase.)

--

### *Escena VIII*

LA REINA.

LA REINA.- (Después de seguir a ESSEX con la vista.) Corazón ardiente que la nieve de los años no ha podido apagar, guarda en tu seno, como en un sepulcro, las reliquias de las muertas esperanzas... Bien lo has dicho, Roberto, es tan solo un recuerdo, grato como la ilusión, tierno como el sentimiento, triste... como un recuerdo.

*Escena IX*

LA REINA, CÉCIL.

CÉCIL.- Señora, uno de mis agentes acaba de interceptar estos pliegos en el camino de Escocia, iban dirigidos al Rey Jacobo VI. Es tal su importancia, al parecer, que no puedo menos de abrirlos en la presencia real. (A una indicación de LA REINA procede CÉCIL a abrir los pliegos.) Dígnese leer V. G.

LA REINA.- (Después de recorrerlos con la vista.) Roberto D'Evreux conjurado con Jacobo de Escocia!, ¡oh, perfidia!... Hace un instante que aquí, a mis pies, aquí mismo invocabas halagüeñas memorias; que tus labios vertían dulces acentos... y mi alma conmovida se prometía un tiempo más feliz pero ¡ah!, mi alma se engañaba, y tus labios eran perjuros... ¡Oh!, ¡me vengaré sí, me vengaré! Mi corazón hierve como el océano agitado por la borrasca y en mis ojos debe brillar el fuego del rayo... ¡Oh!, ¡furor!, que mi semblante encubra mis amargos sentimientos, que mis lágrimas vertidas en silencio sean otras tantas gotas de la hiel que me envenena... pero que en tanto mi sonrisa brillante y siniestra, como la aurora de funesto día, envuelva en sus fulgores el pesar y el rencor que me devoran... Sir Roberto tan solo veo en estos -- papeles líneas dictadas por una intención perversa, mas su imprudencia destruye sus planes.

CÉCIL.- El Rey de Escocia, sin embargo...

LA REINA.- Abriga ambiciosos designios que habrán de desvanecerse como la niebla ante el sol de la mañana. ¿Fundará Jacobo VI, acaso sus pretensiones en la ya olvidada bula de Paulo IV? Entonces la desheredada hija de Ana Bolena, podrá mostrarle el cadalso de la elegida de Roma... ¿Osará tal vez el hijo llegar hasta un trono, sin que su planta se deslice en la sangre de su madre? ¿Piensa quizás que la Reina Isabel esté dispuesta a renunciar con débil pecho una ofrenda de lealtad que sancionan nueve siglos?... ¡Vana quimera!... Escribid, caballero. (CÉCIL lo hace rodilla en tierra.) «Nuestro muy querido y buen hermano Jacobo, rey de Escocia: Vos no habéis olvidado nunca el grande afecto y sumisa lealtad que desde tiempos que guarda la memoria, tributaron los reyes de Escocia, vuestros antepasados, a los de Inglaterra. Existe, sin embargo, en este reino un hombre que lo ignora o que lo olvida, y como tal ignorancia o tal olvido, es una traición; os envío los pliegos que, profanando vuestro nombre, abusando de vuestra fe y suponiéndoos injustas y criminales intenciones, os iban dirigidos, quedando obligada a fuer de buena hermana y celosa amiga, a castigar al traidor y a enviaros en breve su cabeza... sí, su cabeza. Adiós rey y hermano mío, os ama de corazón y os desea un feliz reinado, vuestra humilde (Firmando.) Isabel». Vos, caballero, mostrad antes al jurado esos papeles. (Vase por la izquierda.)

*Escena X*

CÉCIL, MARGARITA y LA DE NOTTINGHAM al paño.

MARGARITA.- Sir Roberto... el conde de Essex ha llegado a Londres, ¿no es verdad?

CÉCIL.- (Dirigiéndose al fondo.) Sí señora... perdonad, pero...

--MARGARITA.- (Deteniéndole.) Decidme... ¿se referían a él las últimas palabras de la Reina?

CÉCIL.- No lo sé (Vase.)

MARGARITA.- (Con abatimiento.) ¡Cielos!

CONDESA.- (Ocultándose.) ¡Bien!

## ACTO II

La decoración del primer acto. Durante la representación se verán cruzar por el fondo algunas máscaras.

### *Escena I*

SIR ENRIQUE. Después ESSEX.

SIR ENRIQUE.- (Se quita la máscara.) ¡Gentío inmenso el que vaga por las salas espaciosas; acuden tantos a estos bailes de la reina! ¡Cuánta alegría en los salones y cuánta tristeza en los calabozos! Imagen fiel del mundo, esta torre de Londres encierra en su recinto, cuasi mezclados, la alegría y el dolor, la luz y las tinieblas; por lo que hace a mí, siempre que atravieso esas galerías durante la noche, me parece ver cual se deslizan en la oscuridad las sombras de tantas víctimas como se han inmolado en estos últimos tiempos: ¡condenación sobre esos hombres que derraman nuestra sangre y nuestras lágrimas!... Pero el Conde de Essex se dirige a esta sala; tardaba demasiado, y empezaba a recelar que faltase a mi cita. (Saliendo con cautela al encuentro del CONDE.) ¡Milord!

ESSEX.- (En el mismo tono.) Sir Enrique, ¿cuándo habéis vuelto de Escocia? ¿Qué dice el Rey Jacobo? ¿Cómo habéis penetrado en estos lugares, vos, un proscrito?

SIR ENRIQUE.- Satisfaré una tras otra todas vuestras preguntas. -- Ayer llegué a Londres y he permanecido oculto hasta esta noche en mi posada. La voz de vuestro arribo me ha decidido a salir de ella y merced a un amigo nuestro, he logrado introducirme bajo su nombre en el sarao. Vos sabéis la confusión que hay en tales fiestas, y no extrañaréis

que esta circunstancia unida a la de mi disfraz hayan evitado que fuese descubierto. Por otra parte, hay conferencias peligrosas a que presta más garantías el bullicio que la soledad; os cité para este sitio porque sé que vigilan vuestra estancia.

ESSEX.- Y habéis hecho muy bien. No olvido que vuestro brazo, amigo mío, combatió bajo el pendón que alzó Norfolk por María Stuart, ni creo que se hayan olvidado vuestros escritos contra la nueva liturgia anglicana. Vos podéis burlar su vigilancia, es verdad; pero si os hallasen, no os sería tan fácil eludir la última ley, que condena a muerte a los que hayan negado su juramento a la reforma. Jugáis la cabeza, amigo mío, y eso me prueba la importancia de la misión que os conduce a Londres.

SIR ENRIQUE.- No os equivocáis, Milord. Durante vuestra ausencia hemos preparado nuevas armas. El Rey Jacobo espera, y sus *thanes* están prontos; son lobos dispuestos a vadear el Tweed para cebar sus garras en nuestros campos. La trompa escocesa solo aguarda vuestra señal para resonar en las montañas. La necesidad de dar este aviso al noble conde de Southampton es lo que me ha traído a Londres, y el deber de daros cuenta me ha conducido esta noche aquí.

ESSEX.- Decidme: ¿el Rey de Escocia habrá recibido los planes que le dirigí desde Irlanda?

SIR ENRIQUE.- Lo ignoro. ¿De cuándo datan?

ESSEX.- Habrá ocho días que un emisario activo emprendió con ellos el viaje a Escocia. En dichos papeles hablaba al rey, de mis conferencias con Tyron, el jefe de los rebeldes irlandeses; manifestaba el fruto que era de esperarse de sus turbulencias y señalaba mi vuelta a la corte como medio de ponerme -- en acción; pero, me decís que tales pliegos no han sido recibidos, y como Cécil tiene tan buenos hurones, me causáis alguna inquietud...

SIR ENRIQUE.- ¿Qué hacer pues?

ESSEX.- Prevenir el golpe. Sir Enrique, ¿amáis aún con el mismo ardor la causa que abrazasteis?

SIR ENRIQUE.- Milord, cuando juré ampararla solo vi un arma en la política y un brazo en Jacobo VI. Seguí el partido de Escocia porque su triunfo afianza dulce tregua al perseguido. Los patíbulos se bañan en sangre católica, cuando tan solo la santa y verdadera religión debiera alzarlos, mil proscriptos mueren en remotos países, y no sé por qué la vieja Inglaterra no recibe en su seno la palabra postrera de sus hijos ni por qué la brisa que meció nuestras cunas, no sacado también los cipreses de nuestros sepulcros. A mí no me guía otra gloria que la del Dios de mi niñez, ni otro amor que el de mi patria; yo que busco afanoso los martirios y aun la muerte; yo que siento en mi corazón el fuego, de la venganza y que sueño con la palma de los héroes, yo, ¿merezco por desgracia tal pregunta?

ESSEX.- Perdona vuestro ardimiento si le ofendí; pero son hoy más que nunca necesarias tal energía y tal firmeza.

SIR ENRIQUE.- Hablad, Milord.

ESSEX.- Disponed a partir a las montañas. Id antes en busca de Southampton, le hallaréis en su morada, le diréis que en Drury House me aguarde al lucir la aurora, que convoque a los amigos, y acudid vos también: démonos trazas para llenar nuestras miras con toda la precisión que exigen los momentos.

SIR ENRIQUE.- Bien está, al punto voy. En Drury House al lucir el alba.

ESSEX.- Hasta más ver.

### *Escena II*

ESSEX.

ESSEX.- ¡Jacobo de Escocia!, tu mente sueña con una nueva corona, tu delirio te arrastra hasta el punto de confiar a mano extraña la ejecución de tu designio. Hay instrumentos peligrosos que se vuelven contra el brazo que los maneja. Tú ignoras que en mis sueños existen también imágenes brillantes y terribles que despiertan en mi corazón la esperanza... ¡Una corona! ¡Quimera, locura!... sin embargo, ¿es otra cosa un rey, que el primer noble? ¿Cuántos guerreros no trocaron su espada por un cetro, y cuántos barones no trocaron su corona feudal por la de un rey?... (Se oye la música del baile y las máscaras despejan la escena.) La sangre de Ana Bolena se nutre en mí; de todos los nobles hay pocos tan cercanos a ese trono; la ambición arde en mi pecho y mi brazo puede manejar la ardiente espada. ¡Ocasión, ocasión, tan solo anhelo! Inglaterra, patria mía, ¡ay de ti si la mano que te rige te arrastra en su decadencia! Albión, roca altanera, capitolio de los mares; ¡quién pudiera desde tu altura dar su voz a los destinos! ¡Ah!, si fuese verdad... Si los sueños del ambicioso fuesen la revelación de lo futuro... ¡Pobre de mí, Macbeth atormentado! Dejadme, hechiceras; cesen de turbar mis oídos vuestras palabras tentadoras; apartaos de mi camino... ¿Queréis cual la de Macbeth ensangrentar mi mano?... Es verdad que Isabel protegió a mis enemigos; pero fue también mi bienhechora, su sangre circula por mis venas; y es tan solo una mujer... No, esperemos... esperemos.

### *Escena III*

ESSEX, LA CONDESA, con antifaz.

CONDESA.- Sí esperar... esperar... tal es el alimento de las almas que poseen la fe.

ESSEX.- ¿Y por qué no? ¿Quién te ha dicho, máscara, que la he perdido?

CONDESA.- La fe nos engaña a veces, y el despertar del sueño delicioso con que nos encanta, tiene un nombre amargo como la hiel, más cruel que la misma muerte, ¡la desesperación! Mi lenguaje contrasta en estos momentos con vuestra fisonomía ebria de placer; rogad al cielo, altivo conde, porque siempre brille ese mismo fuego en vuestros ojos. Desconfiad de la alegría, ella embriaga a sus víctimas para que el dolor las hiera enfurecido.

ESSEX.- Cuán extraño es que una mujer joven y bella, pues presumo que lo eres, prodigue en una fiesta tan horribles palabras, cuán extraño es que se complazca en derramar la oscuridad y el desconcierto la que solo debiera esparcir luz y armonía... Créeme, hermosa, busca en el sarao un corazón que embriagar con tus amores, busca en los que observen esa mirada ardiente, y que adivinen el hechizo de un rostro quizás demasiado bello, nuevos triunfos a la ilusión, a la fe que quieres destruir con tus palabras. El desencanto que prodigan no es propio de ti, tu misión es la de mantener aquel engaño tan dulce, es la de regar con gratas flores la huella seductora de tus pasos.

CONDESA.- Galante por demás está el buen conde... tenéis razón: nuncio de buenas nuevas será mi labio... El conde de Nottingham está para llegar a Londres... ¡quizá llegará esta noche!

ESSEX.- ¡El Conde de Nottingham...!

CONDESA.- ¡Palidecéis!...

ESSEX.- No a fe... El conde es sin duda mi enemigo... jamás podrá olvidar su alma que lastimé su ambición... Esto ya lo ves, no se perdona fácilmente; pero hay además otra persona que me aborrece quizá tanto como él, y a quien sin embargo no profeso rencor alguno.

CONDESA.- ¡Su esposa!... ¿Y por qué no os quiere la condesa?

ESSEX.- Tal pregunta suelo hacerme, porque a la verdad, -- lo ignoro... Por lo que hace al conde, no le temo; mi brazo ha vencido a enemigos de más saña.

CONDESA.- Vos estáis en peligro, Milord... aún no se han olvidado los últimos sucesos de Irlanda. Quizá desborda un torrente una sola gota de agua.

ESSEX.- No importa, mi valor pondrá diques al torrente.

CONDESA.- Vuestros adversarios, conde, no se vencen con el acero.

ESSEX.- Emplearé la astucia.

CONDESA.- Son audaces.

ESSEX.- Lo soy yo más.

CONDESA.- La prudencia no fue siempre vuestro guía.

ESSEX.- La fortuna me ayudará.

CONDESA.- Es ligera.

ESSEX.- La fijarán los hechos.

CONDESA.- Los hechos ¿cómo? Ved que os engañáis.

ESSEX.- ¿Quién lo sabe?

CONDESA.- Si creyeseis en el destino, podría revelaros lo porvenir.

ESSEX.- ¿Quién, tú?

CONDESA.- Sí. He aquí el secreto de un lenguaje que os parecía tan extraño...

ESSEX.- ¿Eres por ventura alguna maga? Poco influjo pueden tener las predicciones en personas de claro juicio... Pero quisiera que me leyeseis mi horóscopo. Vamos, habla.

CONDESA.- He consultado esta noche los astros...

ESSEX.- ¿Y habrás reconocido el mío?

CONDESA.- Sí, burlaos... El vuestro brillaba de una manera singular, su disco estaba empañado con manchas de sangre.

ESSEX.- (Queriendo sonreír.) ¡Ah! la astrología no es ciencia de cristianos.

CONDESA.- El astro de que os hablo iluminaba las fronteras de Escocia.

ESSEX.- ¿Qué decís?

CONDESA.- No os alarméis. Poco después junta a la vuestra apareció otra estrella más brillante; su fulgor se acrecía más y más, y como por encanto la vuestra se eclipsaba, hasta que por fin el nuevo astro absorbió -- toda su luz. El vuestro entonces... se apagó completamente. (Se dirige al paño.)

ESSEX.- Pero la nueva estrella...

CONDESA.- (Yéndose.) Era la de Jacobo VI.

ESSEX.- ¡Detente!... ¡Máscara infernal!

*Escena IV*

ESSEX, MARGARITA.

ESSEX.- ¡Qué veo!

MARGARITA.- ¡Roberto!, ¡oh! ¡Dios mío!

ESSEX.- ¡Margarita!... ¿Conoces a esa máscara...? Dime, ¿la conoces? ¿Quién es esa mujer?

MARGARITA.- ¿Qué tenéis?... Está pálido vuestro semblante, vuestra voz tiembla...

ESSEX.- Nada, no es nada, vana preocupación, vértigo que pasará en breve... Dime, ¿la conoces?

MARGARITA.- Sí.

ESSEX.- ¿Quién es?, pues... habla...

MARGARITA.- Una mujer que no os ama y a quien yo aborrezco.

ESSEX.- ¿La Condesa de Nottingham?

MARGARITA.- La misma.

ESSEX.- Ah no eran falsas mis presunciones; su complacencia en atormentarme, sus fatídicas palabras.

MARGARITA.- Toda la noche os he estado buscando... He dado mil vueltas por los salones, me he perdido en el bullicio. Las luces no ahuyentaban las tinieblas de mis ojos... la fiesta me era insoportable. Perdía la esperanza de veros, creía que ya no vendrías y mi angustia era terrible. Precisada a seguir a la reina, creía morir de pena y de inquietud. Desde que llegué al sarao conocí a la condesa; apoderose de mi alma el terror: no sé qué fatalidad encierra su persona. La vi dirigirse hacia esta sala, no pude contenerme y he seguido sus pasos.

ESSEX.- Tranquilízate, alma mía. En otras ocasiones tus palabras seductoras derramaban en mi corazón una dulzura que es extraña para mí hace algún tiempo; palabras cuya delicia no podría comprender el que solo tiene en su alma la agitación y la duda. Tú me decías que la verdadera felicidad era apacible como el aura de los campos, tierna como el arrullo de la paloma inocente. Entonces eras mi consuelo, eras para mí el rocío que refresca una tierra abrasada. ¡Oh!, vuelve a ser para mí la misma mujer: háblame como entonces.

MARGARITA.- Aquellos tiempos de paz, aquellas horas tranquilas en que el alma se adormecía en su ternura soñando con los ángeles, han huido de nosotros tal vez para siempre. Entonces, cuando no estabais a mi lado me devoraba cierta pena... mi corazón vivía fijo, absorto en vuestro recuerdo; si al cabo de tanto tiempo de inútil esperar os veían mis ojos, mi ser se dilataba y la dicha rebosaba en mi corazón. ¡Oh, así me enseñó el amor a llamarme venturosa!... pero hoy... ¡hoy mis tormentos se aumentan cuando os veo, y prefiero la terrible ausencia!

ESSEX.- Tú que posees la memoria de felices días, que eres para mí el arrebató de la felicidad, la sonrisa de un tiempo que ya pasó ¿qué puede turbar un corazón nacido para la pureza y para las pasiones tiernas y sencillas?

MARGARITA.- ¡Si Dios hubiera querido que brillase siempre sin manchas el sol de la ventura! Pero aquel sol se hundió para siempre y ha dejado en su lugar la noche tenebrosa... ¡ah!, ¿para qué volvisteis?

ESSEX.- Sí, es verdad, ¿para qué he vuelto?...

MARGARITA.- Estamos en el borde de un abismo, amigo mío. Si esta torre se desplomara sobre nosotros, si el puñal se alzara sobre nuestros corazones, si la mar que se estrella contra las rocas se desbordara a nuestros pies; la situación, el peligro no serían tan graves como son ahora... presentimiento cruel que se levanta como un gigante armado contra vos y que os amenaza con su presencia, nube que se alza en -- el horizonte, que amenaza cubrir el cielo y derramar la tempestad.

ESSEX.- Disipa tus temores, serena, tu frente en presencia de aquel que se envanece y se extasía con tu amor, de aquel que ha podido hallar a tu lado algunas horas dulces, algunas horas robadas al tumulto del mundo y a los raptos de otras pasiones. Tranquilízate y habla: ¿qué sucede?, ya ves que estoy sereno; tú lo has dicho: es solo un vago presentimiento. El gigante será ahogado por mis brazos... Mi voz conjurará la tempestad.

MARGARITA.- Esta mañana al saber por Lord Bristol vuestro próximo arribo, me coloqué en una de las ventanas que dan al vecino Támesis con objeto de espiar vuestra venida... a poco una chalupa cruzó las turbias aguas... un caballero vestido de viaje estaba sentado en la popa... mi corazón latía con violencia... erais, vos... Después de saltar en tierra y de atravesar la explanada, entrasteis en la torre... entonces, me dirigí a esta sala y a través de los tapices escuché en parte vuestra conversación... algunos momentos después salisteis contento y orgulloso... mi espíritu daba gracias al cielo por el buen resultado de la entrevista, cuando Cécil entró y presentó algunos pliegos a la reina, hablaron de vos, del Rey de Escocia...

ESSEX.- ¿Y la reina?

MARGARITA.- Dictó luego una carta a Cécil dirigida según pude percibir a Jacobo VI.

ESSEX.- ¿Qué más?

MARGARITA.- En ella ofrecía remitirle la cabeza de un culpable.

ESSEX.- ¡Cielos!

MARGARITA.- Vana fue mi diligencia para hablaros, pues mi empleo de dama de servicio me obligó a permanecer todo el día junto a su gracia. Esta noche hablaban la reina y Cécil con extremo interés, y a pesar de hallarme cerca de entrambos no pude alcanzar aquellas palabras que brillaban cual llama siniestra en sus labios y que se perdían fugitivas sin llegar -- a mis oídos. ¡Oh desesperación!, el alma mía me dice que se referían a vos.

ESSEX.- Sin duda alguna... Margarita lo que acabas de decirme abrasa como el fuego, no es ya presentimiento, es una desgracia cuasi inevitable... ¡Oh!, los momentos valen la existencia: no debo perderlos.

MARGARITA.- Sí, partid... partid Roberto... ¡Dios mío! (Se oye la marcha del primer acto.) ¿No oís?

ESSEX.- Ya el sarao termina.

MARGARITA.- La Reina se retira a su cámara... debo acompañarla.

ESSEX.- Acaso note ya tu ausencia.

MARGARITA.- Sí partid... yo os comunicaré cuanto suceda... avisadme vos también tan luego como estéis en salvo... No os detengáis... si no queréis que muera el corazón. ¡Oh!, partid.

ESSEX.- El alba, comienza a disipar las tinieblas de la noche... ¡Margarita!

MARGARITA.- ¡Adiós! (Se separan y vase MARGARITA.)

ESSEX.- ¡Pobre lirio que amenazan las borrascas de mi vida! (Asomándose a una ventana de la derecha.) La aurora comienza ya a esparcir su claridad... Adiós Londres; presto volveré a ver tu sombrío cielo... ¿Volveré?, lo ignoro. Incierto porvenir; yo rasgaré tu velo tenebroso... ¡Oh, día brillante que anhela mi corazón, voy en tu busca! (Al salir aparecen un CAPITÁN y algunos guardias.)

*Escena V*

ESSEX, EL CAPITÁN y guardias.

CAPITÁN.- En nombre de la Reina, Milord, entregad la espada.

ESSEX.- ¡Ah! ¡Tomadla! ¿A dónde me lleváis?

CAPITÁN.- A uno de los calabozos de esta torre.

ESSEX.- ¡Una prisión de estado...! Vamos.

### ACTO III

Una galería en la torre de Londres. En primer término dos puertas una a cada lado: la de la izquierda del actor conduce a la sala de los jueces, la de la derecha a otros departamentos de la torre. Al fondo se supone un pasadizo que atraviesa el teatro, y se limita a cada lado por el último bastidor. Es de noche y la escena estará alumbrada por lámparas o por los aparatos de luz más convenientes.

#### *Escena I*

BRISTOL, MARGARITA.

BRISTOL.- Está para fallarse el proceso: el acto será presidido por mí, y ojalá, hija mía, que todos vean su causa con mis propios ojos.

MARGARITA.- Vos, milord, habéis sido siempre justo, pero ¿podrá decirse lo mismo de los demás jueces? Vos tan bueno para mí, solo veis en el Conde la víctima de la ambición funesta: vos me amáis, y presentís que la sentencia dada contra él habrá de herir mi alma. ¿Quién os hubiera dicho cuando me tomabais en brazos para que aquella alegre niña que os hacía sonreír con dulzura, habría de ser después tan desgraciada que os hiciese llorar?

BRISTOL.- (Conmovido.) Tienes razón, Margarita; así pasan algunos días como un sueño agradable, y ¡cuán amargo es despertar! Entonces era yo también más dichoso, porque mi corazón esperaba más del mundo y de los hombres. Al pensar en lo porvenir, al profetizarnos cualquiera algún pesar futuro, tú hubieras sonreído con la sencillez de la infancia, yo como la soberbia de los treinta años. Desterrado de -- la corte, perseguido por enemigos crueles y refugiado en la casa de tus padres, pasaba yo las horas lleno de confianza en mis fuerzas y menospreciando a mis adversarios: el porvenir es un libro enigmático en que solo Dios puede leer.

MARGARITA.- ¡Milord!

BRISTOL.- Si hablastes a la Reina, creo que arrojándote a sus plantas... despertando la voz de su clemencia...

MARGARITA.- La Reina ignora la intimidad que me liga con el Conde, los proyectos de la unión que debía verificarse en breve, y que solo la muerte podrá impedir; al revelárselo mi voz angustiada, temo que su corazón vea con desagrado las lágrimas que su antiguo favorito me hace derramar, temo que sus oídos de reina escuchen con disgusto las súplicas de perdón para el culpable.

BRISTOL.- Sin embargo, Isabel es capaz de sentir nobles impulsos, y el mismo afectuoso interés que antes manifestaba al Conde, podría acaso inclinar su alma a la bondad. Por otra parte, Sir Roberto Cécil inflexible cuando se trata de llevar a cabo una idea, merecedor en alto grado del valimiento y prestigio que goza en el ánimo de la Soberana, aunque poco afecto al Conde, no es adversario mezquino; su corazón ambiciona la supremacía en el poder, pero su mente, que se solaza en las altas regiones, no descende a la tierra para ensañarse en un individuo: quizá pueda sernos útil, le hablaré.

MARGARITA.- Os engañáis, milord, Cécil no tiene de hombre sino el aspecto; su corazón es inerte como el mármol.

BRISTOL.- Probemos sin embargo, hija mía; yo le he visto alguna vez sufrir por la desgracia ajena. Desconfía de la apariencia: bajo la mortaja fúnebre puede darse un corazón privado de latir pero no muerto. Cécil llega, deja que yo le hable; Margarita, aguarda en esa estancia (Entra MARGARITA por la puerta de la derecha.)

## *Escena II*

BRISTOL, CÉCIL.

BRISTOL.- Llegáis oportunamente, Sir Roberto.

CÉCIL.- Me alegro mucho; ¿de qué se trata?

BRISTOL.- De enjugar más de una lágrima, de volver la dicha a más de un corazón. El Conde de Essex, como sabéis, ha sido acusado de un crimen capital; un jurado de veinte y cinco lores del reino habrá de reunirse en breve para...

CÉCIL.- Su sentencia tal vez sea la de muerte.

BRISTOL.- Sin embargo, Roberto D'Evreux es más desgraciado que criminal; arrastrado por las sugerencias de un poderoso, ha intentado destronar a nuestra reina, empero su sangre no será garantía de lo futuro; existe un Rey en Escocia a quien no alcanzará el castigo.

CÉCIL.- A quien no alcanzará el castigo, pero sí la censura moral de la justicia. El Rey de Escocia es un conspirador poderoso a quien debe privarse de sus fervidos agentes; es

el águila cuyas alas deben cortarse para que no se eleve hasta las nubes. Además, la cabeza que alienta y dirige los disturbios, habrá de ponerse a raya sin duda alguna, al ver que los brazos de que se vale para ejecutar sus designios, no participan de su impunidad. Barón de Bristol, el de Essex y sus cómplices deben morir; los más altos intereses de la política lo exigen.

BRISTOL.- ¡La política!, palabra elástica que puede prestar su sanción a las pasiones, cuando el que condena es adversario. De algún tiempo a esta parte todos los bandos han tomado por lema la misma idea.

CÉCIL.- Culpad pues a la naturaleza que ha puesto lo violento en el camino del hombre, y que ha hecho que la miserable criatura no edifique sino destruyendo; por lo que hace a mí, sacrificaré a mi lealtad mi propia dicha. La reina teme por su corona, teme por su vida, y yo, que anhelo ser digno de su confianza, -- no puedo darle un consejo que ponga en peligro entrambos bienes. Ninguna afección personal respecto del Conde me arroja en esta senda; Roberto D'Evreux contó siempre cualidades que le daban algún mérito a los ojos de ciertos hombres, estas cualidades, más brillantes que sólidas, no han despertado jamás en mi alma la menor envidia. Por lo demás, su causa está para ser fallada por los pares del reino; por sus legítimos jueces.

BRISTOL.- Decid más bien, por sus enemigos. Vos conoceréis, caballero, que aunque no fuesen hombres consagrados con entusiasmo a sus doctrinas, ¡la voluntad de Su Gracia es tan poderosa!

CÉCIL.- Su crimen está probado, milord.

BRISTOL.- Con todo, semejante sentencia no salvará al estado; el hacha del verdugo sacrificará a un hombre y nada más: la clemencia obliga, y tal vez podría ganarse con su benéfico influjo, una existencia que aún pudiera ser útil al estado.

CÉCIL.- Os equivocáis, amigo mío, la ambición es un sentimiento que nace con el individuo, se alimenta del corazón en que se alberga y solo se extingue con el jugo de la vida. Roberto D'Evreux sería siempre un agente de Escocia o de cualquiera otro enemigo de la reina; su nacimiento, su carácter, algunos hechos militares y sobre todo el favor que ha gozado por parte de nuestra Soberana, cuya circunstancia me merece el más alto respeto, constituyen al Conde en un temible anarquista. Si acaso no desconocéis las intrigas de Europa, Inglaterra ha menester de la paz intestina, y cuenta demasiados enemigos en el exterior, para que vacile en entregar al tajo a algunos nobles mal avenidos con el sosiego público y que pueden convertirse en instrumentos de su ruina.

BRISTOL.- Pues bien, si es culpable que sea castigado: si es peligroso desarmadle. Un destierro puede asegurar en lo futuro la vida de S. G. y la paz del reino; ved que el error que es una inconsecuencia, porque la naturaleza es la verdad, no queda jamás impune; -- generaciones enteras lloran el descarrío de una sola, y en nuestra época, bajo el velo de un bien engañoso, se han cometido violencias inauditas. Y ¿qué es la existencia de un hombre, me diréis, cuando se trata del bien de los demás?, pero vos olvidáis que un

individuo es la especie, puesto que Dios ha dado a todos los hombres una parte de su alma, derramando sobre ella el mismo amor, la misma luz y la esperanza del mismo porvenir. Vos que poseéis tanto influjo en el real ánimo, vos que sois uno de los primeros hombres del país y cuyas palabras dictan leyes, tocad el corazón de S. G.; os lo pide uno de los que van a ser jueces del infortunado Conde y cuyo amor a la reina no anhela para ella sino la paz de su vida y la gloria de su nombre; os lo pide también una mujer, un ángel de pureza y de hermosura, cuyo corazón se deshace en dolorosas lágrimas. Margarita, venid, pedid al caballero la vida de vuestro amante, de vuestro esposo.

CÉCIL.- ¿Qué hacéis?

(Sale MARGARITA.)

### *Escena III*

CÉCIL, BRISTOL, MARGARITA.

MARGARITA.- ¡Ah!, señor, escuchad mi súplica, no desoigáis la voz de la piedad, no dejéis que sea ahogada por la yerta razón de la política. Llevadme a las plantas de la reina y cuando mis ojos las inunden y cuando mi corazón se haga pedazos, unid entonces vuestra voz a la mía y pedidla el perdón de Roberto D'Evreux, el perdón de un desgraciado. Decidla que la clemencia es virtud sublime, y que la severidad no engrandece el corazón de un monarca. El Conde no intenta justificarse... y ¿cómo lo intentara? Empero si no sucumbe, su vida, lejos del bullicio de las cortes y ajena a pasiones tumultuosas, se consagrará toda entera en mi compañía a bendecir el nombre de quien le concedió la existencia.

CÉCIL.- Señora, vos exigís que dé a la reina un mal consejo; que me deje llevar de la flaqueza... lo que pedís es una injusticia.

MARGARITA.- La compasión nunca lo fue. ¡Ah! Sir Roberto, vos no veis como yo subir al cadalso a un objeto que es el propio corazón... a vos no os aguarda en el mundo una existencia triste y solitaria.

CÉCIL.- Desechad imágenes tan crueles, vuestra fantasía precipita los sucesos... El Conde de Essex no ha sido condenado aún... y no debéis destruir vuestra esperanza. (Aparte.) Aparecer como estatua cuando se tiene corazón, un corazón cuya voz traidora es necesario ahogar. Dar a la reina que confía en mí, un consejo que puede costarle la vida, ¡exigir de ella una clemencia peligrosa!... Que la ley siga su libre curso y que el monarca obedezca a su albedrío... Sí, que hable el corazón de la Reina pero que hable espontáneamente, que ejerza sus derechos y sea su primer impulso el responsable ante la posteridad.

BRISTOL.- ¿Qué decís?

MARGARITA.- Señor...

CÉCIL.- Yo...

MARGARITA.- ¡Sí, hablad!

CÉCIL.- Los jueces van a reunirse... ellos lo decidirán.

(Vase por la primera puerta de la izquierda del actor.)

MARGARITA.- ¡Ah!

*Escena IV*

BRISTOL, MARGARITA.

BRISTOL.- ¿Lo has oído, Margarita?

MARGARITA.- Su corazón es de acero.

BRISTOL.- Margarita, acude a S. G. es el único medio que nos resta... Tu súplica será tal vez más eficaz que la mía... El juicio va a comenzar. Adiós. Muy pronto nos volveremos a ver y en tanto te pido que aceptes mi consejo. (Aparte.) ¡Pobre joven!

(Vase por la izquierda.)

*Escena V*

MARGARITA, SIR ENRIQUE, que sale por la izquierda del fondo.

MARGARITA.- ¡Qué veo!

SIR ENRIQUE.- ¡Señora! ¿Vos aquí? El cielo guía mis pasos: os buscaba...

MARGARITA.- ¡Vos!

SIR ENRIQUE.- ¿Me conocéis? (Alzándose momentáneamente la cabellera blanca que cubre su cabeza.)

MARGARITA.- ¡Sir Enrique!

SIR ENRIQUE.- Silencio, Señora; ya veis que la nieve de esta cabellera oculta el verdor aún no marchito de mis años; debajo de este sayal late un corazón que sabe amar y aborrecer, y en mi costado se ciñe una espada oculta que anhela teñirse con la sangre de mis enemigos. Quiero salvar al Conde de Essex, y este traje de anciano sacerdote de la reforma, oculta al militante de la verdadera Iglesia. Con él juzgaba acercarme al noble conde, pero os encuentro por fortuna, y vos podréis darle mejor que yo los avisos convenientes.

MARGARITA.- ¡Qué felicidad! ¡Oh, dicha inesperada!... mas cómo...

SIR ENRIQUE.- En breve lo traerán por este sitio, pues está para dictarse la sentencia en la vecina sala.

MARGARITA.- Pero...

SIR ENRIQUE.- Descuidad. El Conde tiene amigos y partidarios. Anoche cuando fue preso al salir del baile de la Reina, le aguardábamos reunidos en Drury House; llegó a nuestro oído la nueva de su prisión; entonces todos de consuno juramos salvarle y lo haremos por el bien de nuestra causa. Hay brazos denodados, la guarnición de la torre conoce a su antiguo general, briosos tiros le aguardan, y sus amigos si no mueren, le acompañarán hasta la frontera de Escocia. Ya veis que mi esperanza no es vano sueño.

MARGARITA.- Y hasta entonces...

SIR ENRIQUE.- Una chalupa le aguarda cubierta con las sombras de la noche junto al rastrillo que da al Támesis; uno de los alcaides, el guardián del rastrillo, nos pertenece. El conde no es católico, vos...

MARGARITA.- ¡Callad! Mis padres eran sinceros anglicanos, pero mi nodriza, que era católica, rezaba de oculto a la Virgen. Yo aprendí de ella; desde entonces, ignoro cuál sea mi religión, pero en el retiro, en el silencio mis lágrimas se dirigen a María y ella derrama en mi corazón la ternura bienhechora.

SIR ENRIQUE.- ¡Oh!, sí, pedidla por nosotros, por los perseguidos; aborreced a esa loba carnífera y con vuestra ayuda los corderos no serán inmolados. Contad con mi brazo siempre pronto a matar a los enemigos de mi Dios; el Conde será libre, y yo beberé la sangre de los apóstatas. Viva la fe y el exterminio de los que la niegan.

MARGARITA.- Vos me libráis de la desesperación. ¿Con qué podría pagaros tanto bien?

SIR ENRIQUE.- Con vuestro valor y vuestra diligencia. Mas alguien llega. Cubríos con vuestro velo y seguidme; acabaré de explicaros nuestros planes y tan luego como el Conde venga aquí, le daréis cuenta. Venid, venid. (Vanse por la parte izquierda del pasadizo del fondo.)

### *Escena VI*

Sale por la derecha del fondo un CAPITÁN con varios guardias que coloca en parajes oportunos. Después sale ESSEX escoltado por el resto de aquellos.

CAPITÁN.- Dignaos, Milord, aguardar en esta galería pues los pares están reunidos y en breve os harán llamar para leerlos la sentencia.

ESSEX.- Bien está. (Vase el CAPITÁN por la puerta de la izquierda.) En prisión triste y cruel, imagen de mi suerte, mi pensamiento y mi corazón yacían en el marasmo más profundo. El hombre no nació para el silencio ni la soledad... ¡Silencio y soledad! ¿Es -- más la muerte? Southampton, Margarita; aquellos seres que decían amarme, con locura, ¿dónde están? ¡Huyeron quizá despavoridos de las nubes que asomaron en mi cielo!... ¡Veleidad de la suerte! Hace poco tiempo, que rico en esperanzas, era yo el ídolo de la corte, el rival de los príncipes. Brillaba el halago en los ojos de la mujer y la envidia en los ojos de los hombres; decretaba mi diestra poderosa dolores y alegrías; era entre los hombres más que hombre, más que árbitro; era un Dios que en mis raptos de grandeza podía derramar los beneficios, un Dios cuya sonrisa era para ellos la felicidad... ¡Oh!, compara, corazón, con tales tiempos los presentes... ¡El calabozo que acabo de dejar, la guardia que me escolta, el tribunal que dicta mi sentencia, y acaso el verdugo que me espera para ejecutarla! ¡Vanidad de los deseos humanos! ¡El día de hoy es la burla del de ayer, el sol que nace se eleva sobre las ruinas de la esperanza, lo que ayer fue maravilla es hoy la nada! Sueños, predicciones... delirios de la mente loca, agonías del corazón ¡ah, me hacéis reír!...

CAPITÁN.- (Acercándose.) Milord, os aguardan.

ESSEX.- Bien.

(Vanse por la puerta de la izquierda.)

### *Escena VII*

MARGARITA.- (Que sale por el lado izquierdo del fondo.) Todo está preparado para su fuga. Una chalupa situada al pie del gran rastrillo, le llevará al otro lado del Támesis; una vez libre de sus cadenas y fuera del alcance de sus enemigos, mi corazón latirá con menos violencia y mis momentos serán más apacibles. Arrebatadle a la muerte, arrancadle del seno de sus prisiones, y muera luego si es preciso la pobre Margarita.

UNA VOZ.- (Dentro.) ¡Escuchad!, ¡escuchad!

MARGARITA.- ¡Cielos!

UNA VOZ.- A todos los presentes y a los que esta vieren y entendieren, sabed; que los pares de Inglaterra reunidos en debida forma y por mandato de S. G. Isabel de Tudor reina de Inglaterra y de Irlanda, con vista de proceso reputan y declaran a Roberto D'Evreux, conde de Essex, par del reino, como reo de alta traición por haber tramado el trastorno del país, atentando contra la legítima corona y aun contra la sagrada y preciosa vida de S. G., conspirando con los extraños, atrayendo a los buenos y leales vasallos de la reina, y poniendo por último en peligro la religión anglicana, que, con méritos propios y gloria de Dios, ha sido restaurada en la monarquía; por eso han condenado y condenan los susodichos pares, con arreglo a las más antiguas y venerandas leyes, a Roberto D'Evreux y a sus cómplices a ser decapitados por el verdugo, previa la venia real, en el glacis de la torre de Londres, según se acostumbra; declarando reos de lesa majestad a todos aquellos que con armas o discursos intenten oponerse a la ejecución de esta sentencia. Señores, la reina se aconsejará.

VARIAS VOCES.- (Dentro.) ¡Dios salve a la reina!

MARGARITA.- ¡Dios mío!, sostenedme, dadme el valor y las fuerzas que me faltan.

### *Escena VIII*

MARGARITA, EL CONDE, EL CAPITÁN y los guardias que se colocan en sus puestos del fondo.

MARGARITA.- ¡Roberto!

ESSEX.- ¡Tú aquí, Margarita! Ya lo has oído: estoy condenado a muerte.

MARGARITA.- (En voz baja.) ¿Creéis que pudiese estar tan serena si no tuviera alguna confianza?

ESSEX.- ¿Qué dices?

CAPITÁN.- ¡Milord!, ¿qué hacéis?

ESSEX.- Capitán; dos palabras de amor, de despedida. Vuestro antiguo general está sentenciado; ¿le negaréis esta gracia? (El CAPITÁN se retira al fondo.)

MARGARITA.- Tal vez sea de los nuestros; la guarnición de la Torre, no olvida vuestra voz que la condujo a la victoria. En breve os volverán a vuestro calabozo para llevaros de allí a la ejecución, pero tenéis amigos. Wolton, Sir Enrique en una palabra; más de un corazón valiente y generoso está de vuestra parte.

ESSEX.- ¡Qué escucho! ¿Wolton, Sir Enrique... mis amigos quieren morir por mí?... porque la empresa es arriesgada... pero que medios...

MARGARITA.- Cuando salgáis de esta galería, estad listo al primer movimiento, la primera seña; pondrán una en vuestra mano, y otras muchas se desnudarán en vuestra defensa. Combatid en retirada, intentad la fuga... dirigíos al rastrillo de hierro; allí una barca os espera... ganadla.

ESSEX.- ¡Ah!, mi corazón se anima en tu presencia, y siento renacer mi vigoroso aliento... ¡Cuán hermosa estás con tanto amor! Naciste para consolar al infortunio; mi corazón será digno de ti.

MARGARITA.- Nada soy sin vos; si el fuego del valor brilla en mi pecho, debido es a aquel que lo anima y cuya existencia es para mí tan cara como la propia. Vos podéis pagarme tantas lágrimas; vos podéis dar vida a mi corazón... hacedlo, pues, concededme una súplica, una sola.

ESSEX.- Habla, habla.

MARGARITA.- Os veis al borde de la tumba y solo un esfuerzo sublime puede libraros.

ESSEX.- No temo la muerte. ¡Que es la vida para el que vio morir la esperanza!... ¡ah!, perdona Margarita, aún me queda tu amor.

MARGARITA.- Oídme.

ESSEX.- Sí.

MARGARITA.- Ya veis hasta qué punto os arrastra una loca pasión que no contenta con emponzoñar vuestra alma, intenta despojaros de la existencia, oíd pues la súplica de una mujer que os ama y que protesta -- morir con vos. Alejaos de la corte, consagraos a una vida pacífica, allí los campos floridos, el cielo puro y los días serenos que hacían nuestra delicia en otro tiempo, volverán a brindarnos con su paz y su hermosura. Deje yo de ser la dama brillante de una corte ufana y bulliciosa para volver a ser la sencilla y dichosa joven del castillo natal. Entonces mi ternura, si la ternura de Margarita es grata a vuestro corazón, os indemnizará de la pérdida de otros bienes.

ESSEX.- ¿Y podré ser feliz?

MARGARITA.- Lo seréis si buscáis el reposo necesario a vuestra alma. Si accedéis a mis ruegos... Milord, juradme que lo haréis.

ESSEX.- ¡Oh!, si lo haré... Partiré de la corte, buscaré en otros lugares la paz de una existencia que la hermosa y amada Margarita habrá de embellecer con su cariño.

CAPITÁN.- ¡Milord!

ESSEX.- Es verdad; me olvidaba.

CAPITÁN.- Excitáis la sospecha, Milord.

ESSEX.- Aguardad un instante.

MARGARITA.- (Aparte a ESSEX.) No os descuidéis, contad con vuestro esfuerzo y ganad la barca... si volvéis al calabozo, os perdéis.

ESSEX.- Adiós Margarita.

MARGARITA.- Defendeos bien...

ESSEX.- Si muero...

MARGARITA.- Hay otra vida.

ESSEX.- Mujer sublime, adiós.

MARGARITA.- (A media voz.) ¡Oh!, ganad la barca... (Vanse ESSEX y los guardias por la parte derecha del pasadizo del fondo.)

### *Escena IX*

MARGARITA, luego SIR ENRIQUE.

MARGARITA.-

¡Ah, qué agitación!, mis fuerzas me abandonan.

(Poniéndose de rodillas y en ademán de súplica.)

Reina del cielo, señora,  
en mí tu mirada fija,  
escúchame, soy tu hija,  
tú eres madre de bondad.  
Recuerda pues, dulce madre,  
las lágrimas que has vertido,  
mi corazón afligido  
en ellas busca piedad.  
Protégele, madre santa,  
dulce, matutina estrella  
que disipas con luz bella  
las tinieblas del dolor.  
Yo lloro también, oh virgen,  
compadece mi agonía

y haz que goce el alma mía  
de la lumbre de tu amor.

Perdona si mi plegaria  
no es como tú, noble y pura,  
¿qué pedirá la criatura  
que no sea... terrenal?  
Mas no te ofende, señora,  
el amor que en mí delira  
pues aunque el hombre lo inspira  
es un amor celestial.

(Ruido de espadas y murmullos en el interior.) ¡Ah!, ¡ya se baten!, ¡amparadme Dios mío!  
¡Mi alma no puede soportar más! ¡Sir Enrique! (Sale este herido, su semblante está  
cubierto de palidez y sus pasos son vacilantes.)

SIR ENRIQUE.- ¡Ah señora! Pláceme encontraros (Cesa el tumulto.) ¡Ya está en salvo!

MARGARITA.- ¡Oh dicha!

SIR ENRIQUE.- Decidle que avise al rey de Escocia de mi muerte... ¡Ah!, (Cayendo.)  
tomad esa llave... id a -- mi posada... y quemad los papeles que encontréis.

MARGARITA.- ¡Ah!

SIR ENRIQUE.- No me compadezcáis... y pedid que mi muerte no sea... inútil... ¡Dios  
mío, Dios mío!... soy tu mártir... ¡y muero por tu gloria!... Madre de Dios, (Besando un  
medallón que saca de su peto.) te niegan... ¡ah!, te niegan... ¡impíos!

MARGARITA.- Su frente está ya helada... Mas, ¿qué oigo? (Se percibe el tumulto  
aunque más lejano.)

SIR ENRIQUE.- ¡Otra vez!... ¡ah! (Va a levantarse y vuelve a caer.) ¡Oh!, rabia...  
maldición y sangre para todos ellos... y para... mí. (Muere.)

(Sale BRISTOL por la puerta de la izquierda y dice mirando por el fondo.)

BRISTOL.- ¡Qué rumor! El Conde de Essex se bate al pie del rastrillo, ¡ah, que lo gane!

MARGARITA.- (Cayendo de rodillas.) ¡Dios mío!, ¡defendedle, defendedle!

#### ACTO IV

Gabinete de LA REINA; a la izquierda del actor, una puerta que da a las demás habitaciones de Su Gracia. En el telón del frente tres puertas, la de la izquierda pertenece a la sala de las camaristas de guardia y las del centro y derecha a los demás salones. Detrás del telón del fondo habrá otro con puerta al centro que comunique con la galería en que al final del acto aparecen conversando NOTTINGHAM y el lord GOBERNADOR. En la escena una mesa con el escudo real en su tapete, un globo terráqueo, enseres de escribir, libros, y una coronita real colocada en un cojín. Varios sillones y taburetes de la época.

### *Escena I*

LA CONDESA, UN GENTIL HOMBRE.

GENTIL HOMBRE.- Aguardaba a que dejaseis la cámara real, hermosa Condesa, para entregaros el salvoconducto que me encargasteis; por su medio os será dado ver al Conde de Essex tan luego como queráis. No me ha costado poco trabajo conseguirlo del lord Gobernador.

CONDESA.- Ignora por supuesto que el salvoconducto es para mí...

GENTIL HOMBRE.- Habéis sido servida por mi parte con buena voluntad y con sigilo: lo ignora completamente.

CONDESA.- Bien está y gracias caballero. Acabo de dejar a la Reina en el tocador entregada a sus camaristas de servicio; fácil os será disculparme si advierte mi falta momentánea.

GENTIL HOMBRE.- A vuestros pies, milady (Se retira al fondo y allí se pasea.)

### *Escena II*

LA CONDESA, sola.

CONDESA.- Roberto D'Evreux está para morir en el cadalso y mi corazón da tregua a sus rencores. Inspirada por el odio que le profesa el Conde de Nottingham, mi esposo, fui la mujer cuya vanidad se complacía en mortificar al hombre soberbio y engreído; hoy mi esposo habrá de perdonarme, pero mi ira se convierte en compasión al encontrar a su enemigo junto al cadalso. La mujer debe seguir a su marido en sus amores y no en odios que se cubren de sangre. Nottingham denunció los planes de Essex en Irlanda, está pronto a proseguir en su venganza y yo debo interponer mi brazo entre su venganza y la víctima. ¡Ah!, si supiese el paso que voy a dar... ¡pero creo que no lo sabrá nunca! El Conde de Essex poseía un anillo que contenía una promesa real de indulto; era un despojo de su favor que acaso por orgullo no habrá enviado ya a la reina. Le exigiré el anillo como

muestra de que deseo salvarle y reparar los daños que le causó mi marido: espero que leerá la sinceridad en mis palabras... ¿Y si por acaso desconfiara? ¡Ah!, no lo creo porque es sumamente generoso y mis acentos serán tan verdaderos que habrán de convencerlo. Vendré a entregar el anillo a la Reina, y la mano enemiga será la que le salve. Sí, lo haré, es deber mío ya que me complacía en predecirle una muerte que no le deseaba. ¡Dios lo sabe...! Sí, soy mujer y no tigre; tengo conciencia y el bien no es impulso extraño a mi corazón. ¡Sí, lo haré y ojalá que no sea tarde! (Vase por el fondo.)

### *Escena III*

EL GENTIL HOMBRE, viniendo al proscenio.

GENTIL HOMBRE.- Id presto, condesa, id presto. Pero ¿a qué tal entrevista con Roberto D'Evreux? Lo ignoro aunque nada tengo de torpe... ¡Si habrá indulto! ¡Oh!, me alegraría... ¡Pobre Conde!, tan arrogante y tan bizarro. ¡Vive Dios!, morir como un asesino cuando se ha podido morir en el campo de batalla. Allí le perdonó mil veces el acero enemigo para caer hoy bajo el hacha del verdugo. ¡Cuán caprichosa es la muerte! Pero aquí viene Su Gracia y su semblante no presagia un día sereno. Dejémosle el campo libre. (Vase por el fondo.)

### *Escena IV*

ISABEL, sola.

Sale de su cámara con un pergamino en la mano.

¡Ya es de día!, ¡oh!, qué me place. Esta noche de insomnio ha sido la más cruel de mi vida. El lecho me parecía de hierro y a veces he creído que se rompían las arterias de mis sienes. ¡Ah! (Se sienta.) He aquí su sentencia, sentencia que debe firmar la mano que en otro tiempo le colmó de honores! Hay en el alma misterios incomprensibles... Ni puedo explicar lo que me afecta, en este instante... será acaso el preludio de los remordimientos... ¿remordimientos cuando voy a condenar a un traidor que a la sombra de mi gracia minaba el trono? Sí, debo firmar (Va a hacerlo y se detiene.) Hay en mi mente un recuerdo que no puedo extinguir, recuerdo implacable, tenaz, que me persigue como la noche al día, como un verdugo a su víctima... ¡Cuán grato me sería perdonarle! Si su altivez no me ultrajara, si postrado a mis pies, con la mirada suplicante, -- tendiese hacia mí sus manos en pos de un perdón que le obligase para siempre... Entonces le diría; soy reina, y vos tan solo sois un vasallo, dígalos si no vuestra actitud: sois un hombre joven, arrogante, orgulloso, pero invocáis el nombre de una mujer que tiene en su poder vuestra existencia, una mujer que es grande y vos demasiado pequeño, una mujer que os perdona porque os habéis humillado. ¡Ah!, si pudiese decirle estas palabras... (Se sienta en actitud pensativa.) Lazos de oro que aprisionasteis mi albedrío, la que os habla

hoy no es digna de vuestra solicitud; la que os habla hoy profanaría vuestra belleza. El corazón, el amor, palabras que pierden su hechizo en unos labios que no pueden sonreír al pronunciarlas, en unos labios, ¡maldición!, ¡en unos labios de sesenta años!... ¡Ah!, perezcan la juventud y la belleza, que lloren algunos ojos lágrimas de hiel como las mías. (Va a firmar y se detiene.) ¡Qué iba a hacer! Isabel, la gran reina. ¡Dios mío, Dios mío! (Se pasea con alguna agitación.) Roberto D'Evreux va a morir, sí, debe morir... fue un traidor la reina debe ahogar la voz de la mujer; pero quisiera verle... entonces le perdonaría... ¡Oh!, la seguridad de mi trono, su altivez insoportable... no, que perezca.

### *Escena V*

LA REINA, CÉCIL.

LA REINA.- Sir Roberto, os he hecho llamar para despachar algunos asuntos. Deseo trabajar hoy, quiero ocuparme en mi reino, en la política.

CÉCIL.- Mi reina sin duda olvida lo interesante que es al estado tan preciosa salud, cuando deja el lecho tan de mañana para ocuparse en penosas tareas.

LA REINA.- Ninguna lo es para mí, Sir Roberto, cuando se trata de mis súbditos, y en esta noche que el insomnio hizo molesta, me ha sido muy grato dejar -- un lecho que me parecía de espinas. En otro tiempo la ciencia con sus arcanos, los idiomas, las letras y los festines solían prestar algún recreo a mi alma intranquila, a la mujer que pronta a combatir las menguadas preocupaciones que reinaban contra su sexo, soportó con vigor la carga de los negocios; pero en el día conozco que mis años están contados y todo el tiempo me parece poco para consagrarlo a mis súbditos. ¿Qué hay de nuevo? El Conde de...

CÉCIL.- Ya sabéis, señora, cómo al conducirlo al calabozo que debía ocupar hasta la hora de la ejecución, la voz de alarma resonó en la torre y mil espadas brillantes se dejaron ver. Sabéis también que en tal conflicto dio algunos pasos para desprenderse de las guardias que le escoltaban y que un acero puesto en la suya por mano amiga, le abrió paso por en medio de sus contrarios. Era pues desesperada la lucha por ambas partes, las espadas y las alabardas se cruzaban y herían el enemigo pecho, el pavimento se cubría de sangre y la victoria indecisa hubiera favorecido a los rebeldes, si un refuerzo de tropas fieles no hubiese acudido a combatirlos. Aislado el Conde rompió su espada diciendo: «un acero que tan bien hiere es digno de mejor causa»; se cruzó de brazos y se dejó prender. Algunos de sus partidarios emprendieron la fuga a merced de las tinieblas, pero los demás han sido presos y en breve serán castigados cual merecen.

LA REINA.- Y lo serán, no lo dudéis; sí, mi mano confirmará la sentencia dictada por un tribunal recto, sin que mi espíritu vacile, sin que mi sueño en adelante deje de ser tranquilo.

*Escena VI*

Dichos. UN GENTIL HOMBRE.

GENTIL HOMBRE.- Señora, lord Bristol desea besar la mano de Vuestra Gracia.

LA REINA.- ¡Lord Bristol! Que entre. Vendrá a pedirme el perdón para Roberto... ¡oh, que mi corazón se cierre a la piedad! (Va a firmar.)

BRISTOL.- (Arrojándose a los pies de ISABEL.) ¡Gran Reina no extrañéis que el dolor anuble mi frente! No desoigáis la voz del hombre encanecido que de hinojos pide y ruega, oh noble, buena y esclarecida Señora, detened vuestra mano augusta y que el sol de vuestro reinado no se empañe para siempre.

LA REINA.- Levantaos, milord, levantaos o temed mi justa ira, ¿vos el amigo de mi trono, abogando por un criminal de Estado?, ¿vos el amigo de la reina, intercediendo segunda vez por el que a mis plantas profirió mentidos juramentos de lealtad?... Vos... y cuando se desborde el corazón en justo enojo estaréis pidiendo la vida del que conspiró contra la mía? De aquel que altivo siempre tan solo alega los méritos del crimen. A fe que no es él quien os envía: es demasiado grande para solicitar el perdón de una mujer... ¿no es así?... ¡ah!, esta vez no dirá el mundo, ni Europa, ni Inglaterra, que Isabel de Tudor obedece a la rivalidad y a las pasiones, que paga con la segur los beneficios y el amor que recibe de sus súbditos; no, esta vez Inglaterra, Europa, el mundo dirán que una cabeza osaba levantarse mas que un trono y una reina prudente ha sabido cortarla con el hacha del verdugo. Sí, milores. (Firma.) Tomad, Sir Roberto.

CÉCIL.- Bien está, Señora. (Vase por el fondo.)

BRISTOL.- Señora...

LA REINA.- ¡Dejadme!... (Vase por la izquierda.)

*Escena VII*

BRISTOL permanece como abatido durante algunos minutos.

Sale MARGARITA.

MARGARITA.- Milord, ¡va a morir!... ¡ay!, amparad mi dolor... ¿Habéis hablado a la reina?...

BRISTOL.- Sí, Margarita, pero inútilmente. Mis acentos no han podido despertar en su alma la piedad. ¿Has hecho lo que te dije? ¿Tienes ya el anillo?

MARGARITA.- Ignoraba como sabéis que el Conde de Essex tuviera un talismán que pudiese salvarle; vos me lo dijisteis y entonces mediante vuestro salvoconducto, volé a la prisión; hallé a Roberto alterado, inquieto, díjele el objeto de mi ida, pero cuál fue mi asombro, milord, al saber que ya no tenía el anillo: la Condesa de Nottingham acababa de llevárselo.

BRISTOL.- ¡Cómo!

MARGARITA.- Guiada por el remordimiento tal vez, deseosa de hacer bien ya que su esposo ha hecho tanto mal a Roberto, entró en el calabozo con la idea de pedirle la sortija salvadora. La Condesa ha dejado a Essex para venir a presentar a la Reina por vía de arrepentimiento la sortija del antiguo favorito.

BRISTOL.- Sin embargo tarda demasiado y los momentos son preciosos.

MARGARITA.- Acaso la Reina...

BRISTOL.- Sí, para qué ocultarlo, hija mía: la reina acaba de aprobar con su firma la sentencia.

MARGARITA.- ¡Qué decís!

BRISTOL.- Más aún, su corazón está dominado por la ira, pues cree ultrajada su dignidad.

MARGARITA.- ¡Dios mío! ¡Dios mío!

BRISTOL.- Solo hay un medio que nos brinde con alguna esperanza.

MARGARITA.- ¡Cuál!

BRISTOL.- La cólera real está sostenida por la tenacidad del Conde. Sabéis bien que ha rehusado hasta ahora pedir gracia; si el mensaje llegase a tiempo, si el Conde recordando la promesa augusta depusiese su orgullo ante la Reina; en una palabra: si lady Nottingham se presentara en este instante.

MARGARITA.- ¡Oh!, cuánto tarda... Vos creéis que vendrá, ¿no es cierto?

BRISTOL.- Acaso el antiguo rencor... La confianza de Essex pudiera ser fatal.

MARGARITA.- Y vos pensáis, milord, que su perfidia...

--

BRISTOL.- Desconfía de su corazón; además, su esposo...

MARGARITA.- Al salir de la prisión me dirigí a la morada de Nottingham; sus criados me dijeron que su señor había vedado la entrada y que la Condesa se hallaba en aquel instante con él.

BRISTOL.- ¡Ah, desgraciada!

MARGARITA.- Dios mío, que me resta.

BRISTOL.- ¡Qué te resta!... Mira, ahí llega S. G., intenta pues la última prueba hija mía, haga Dios que tus lágrimas calmen su ira cual la lluvia que aplaca la tormenta; así lo espero, ¡por qué el corazón de una mujer que ama es tan elocuente! Adiós, Margarita, el cielo inspire tus súplicas.

### *Escena VIII*

MARGARITA, LA REINA.

LA REINA.- (Saliendo por la puerta de la izquierda y diciendo para sí.) ¡Qué ansiedad! No me encuentro bien en ninguna parte; ¡mi cuerpo es hoy expresión de la movilidad de mi espíritu! Camino sin saber adónde voy, mi cámara es sobrado estrecha en este instante y el desierto no sería bastante para mí (Se sienta.) Entre su corazón y el mío hay una valla funesta: el orgullo. Una sentencia de muerte, un cadalso, he aquí mi pesadilla. Mis pies caminan con presteza al sepulcro... Ensangrentar de ese modo la última página de mi historia... ¡Cuántos días sombríos y cuántas noches de insomnio me aguardan! Él era la única flor que quedaba a la guirnalda de mis ilusiones, era el único rayo de sol que iluminaba el alma mía... ¡fatalidad, fatalidad!... Mi dignidad humillada, mi corazón herido de muerte me dicen que la sangre derramada no teñirá mis manos... ¡oh!, sí, que muera, sí, que muera.

MARGARITA.- (Acercándose y arrojándose a las plantas de LA REINA.) ¡Señora!

LA REINA.- ¡Vos aquí!

MARGARITA.- Señora, perdón demando para un desgraciado.

LA REINA.- ¡Vos, Margarita Dudley!

MARGARITA.- Sí, Margarita Dudley, esposa prometida a Roberto D'Evreux.

LA REINA.- ¡Vos!

MARGARITA.- Sí, Reina mía; os indigna que os haya guardado como un tesoro el secreto de mis ilusiones; yo vuestra dama de honor, vuestra protegida, soy una ingrata ¿no es verdad, Señora? Pero vos, cuya voluntad es tan enérgica, disculparéis mi debilidad ¡ah, Señora, perdonad al Conde!

LA REINA.- Alzaos...

MARGARITA.- Señora, dicen que el dolor tiene un acento imperioso que vence, que domina... ¿Quizá no os dicen bastante mis acentos? ¡Ah!, que mis suspiros sean pedazos de mi corazón, que mis palabras sean otros tantos gemidos, que mis lágrimas corran a mares... ¡Señora, perdonadle!... Señora, si los hombres no han podido consagrar sus leyes sin escribirlas sobre el cadalso y los suplicios, Dios ha dejado a los reyes el privilegio de la clemencia, ¡Oh, el corazón me dice que es una crueldad lo que van a hacer!

LA REINA.- Alzaos... os lo mando.

MARGARITA.- Pero vos no lo consentiréis, ¿no es verdad? ¿Pues qué, Señora, vos no habéis llorado nunca? ¿Vos no habéis sentido nunca en el alma la mano opresora del infortunio? Si vuestras noches han sido siempre tranquilas, si vuestra existencia se ha deslizado como un río apacible, si la felicidad ha sido siempre la savia de vuestra alma, ¿cómo comprenderéis los ayes del dolor? Pero esa felicidad no existe para el hombre, y vos... vos en este instante sufrís... Yo os veo palidecer, veo que vuestro labio trémulo no encuentra la palabra... Vuestros ojos se inundan, ¡oh!, todo me dice que no hiere en vano mi voz vuestros oídos, todo me anuncia que puedo arrastrarme a vuestras plantas y deciros: Señora, vos también sois mujer; ved en mí los síntomas -- del corazón que se hace pedazos, percibid en mis palabras, mis últimos alientos... ¡Socorredme, Señora, socorredme porque muero de dolor!

### *Escena IX*

Dichos, LA DE NOTTINGHAM.

CONDESA.- Señora, Señora. (Arrojándose a los pies de LA REINA.) Vengo a cumplir un deber sagrado; vengo a devolveros vuestro anillo.

MARGARITA.- ¡Ah!

LA REINA.- ¡Este anillo!, ¿cómo se encuentra en vuestro poder? Hablad.

CONDESA.- Es el adiós del que va a morir. El Conde de Essex os lo envía, porque no quiere que la mano del verdugo profane una joya que perteneció a vos en otro tiempo.

LA REINA.- ¡Oh!, lo recuerdo: es promesa real.

CONDESA.- Si he llegado tarde no me culpéis... (Aparte.) ¡Ah, para qué me detendría mi esposo!

MARGARITA.- ¡Señora, perdonadle!

LA REINA.- (Aparte.) He aquí la ocasión que anhelaba... (Alto.) Mi dignidad está satisfecha. Bien puede la reina perdonar al vasallo que se humilla. (A CÉCIL que sale por el fondo.) Sir Roberto...

### *Escena X*

Dichas, CÉCIL.

CÉCIL.- Señora. Acabo de entregar la sentencia al Lord Gobernador.

LA REINA.- (Dándole el anillo.) ¡Su perdón!

CÉCIL.- ¡Qué escucho! (Vase con el anillo.)

MARGARITA.- (Besando la mano a ISABEL.) Señora, gracias, gracias os da mi corazón, sois gran reina; el cielo endulce vuestra vida.

LA REINA.- Vos, Margarita, vais a ser su esposa. ¡Qué idea! (Aparte.) Corazón mío, que tu latido cruel no -- ahogue la voz de tu clemencia (Alto.) Sed feliz, Margarita: amad al conde y endulzad en lo presente las amarguras de lo pasado. Sí, alejaos de mi corte para siempre.

MARGARITA.- ¡Adiós, señora! (Va a salir y se detiene.) ¡Cielos!

LA REINA.- ¿Qué sucede?, ¿qué tenéis?

MARGARITA.- Ved. (Indicando el fondo.)

CONDESA.- ¡Mi esposo! Habla al extremo de esa galería con el Lord Gobernador.

MARGARITA.- ¡Su semblante expresa la feroz alegría!

LA REINA.- (A BRISTOL que sale por el fondo.) ¡Milord!

### *Escena XI*

BRISTOL.- ¡Todo se ha perdido!

MARGARITA.- ¡Ah! (Cae en tierra.)

BRISTOL.- ¡Margarita!

LA REINA.- (Cayendo en su sillón y cubriéndose el rostro en las manos.) ¡Qué prontitud para ejecutar una sentencia!

CÉCIL.- (Sale, pone el anillo en la mesa de LA REINA y dice acercándose a BRISTOL.) ¡La fatalidad!

BRISTOL.- (En el mismo tono a CÉCIL.) Decid más bien el Conde de Nottingham. Essex dejó atrás en Cádiz la vanguardia de Nottingham; ganó un laurel: un laurel cuesta a veces un cadalso.

FIN